

EL ALMA DE LAS MUJERES

NOVELA NEOEPISTOLAR

CECILIO DE ORIOL

JOSÉ LÁZARO



EDICIONES
Deliberar

BIBLIOTECA DELIBERAR, N.º 2

El alma de las mujeres

1.ª edición, Deliberar, Madrid, 2017

© Cecilio de Oriol, José Lázaro, 2017

© De las imágenes: René Magritte, Antonio López y José Gutiérrez Solana, VEGAP, Madrid, 2017

Procedencia de las imágenes: Mujer en la bañera, Antonio López. Banco de Imágenes VEGAP.

Maquetación:

Aliterata Corrección de Textos, 2017

Impresión:

Gracel Asociados, SLL

Edición:

Ediciones Deliberar, 2017

ediciones@deliberar.es

www.deliberar.es

ISBN: 978-84-17252-01-4

Depósito legal: M-26864-2017

Epístolas preliminares	11
1. Mecánica del deseo y dialéctica del amor	23
2. La instalación femenina en el cuerpo	37
3. La mirada masculina al cuerpo de la mujer	55
4. El cuerpo del otro para la mujer	75
5. El encuentro (im)posible	79
6. La virilidad del homosexual	85
7. Fracasos amorosos del hombre	97
8. Las cazadoras de cabezas masculinas	113
9. Pornografía y promiscuidad femenina	147
10. Las infidelidades de unos y otras	155
11. Mujeres solas casadas con su cama	161
12. Erótica de los olores	167
13. La construcción de la pareja	183
14. Mujeres profesionales y domésticas	195
15. La transparencia de las razones y el control de los impulsos	203
16. Conocerse o acostarse	221
17. Querer y no poder querer	235
18. La maternidad	271
Epílogo	277



EDICIONES
Deliberar

*Para la condesa de Toloño,
a la que este libro debe aún más
de lo que su texto dice*

Yo hice una película que se llama *Eva al desnudo*.
Si hubiera querido hacer *Adán al desnudo*,
no me habría dado ni para un cortometraje.

JOSEPH L. MANKIEWICZ

EDICIONES
deliberar



EDICIONES
Deliberar

EPÍSTOLAS PRELIMINARES

De Cecilio a Asmodeo

A veces ni el afecto que te tengo me compensa la irritación que me produce tu dificultad para comprender las cosas más obvias. Lo que intenté explicarte sobre las mujeres, tras tus pesados ruegos y sin la menor gana, es fácil de resumir:

La mujer es un ser plenamente instalado en su cuerpo, mientras que el hombre vive el suyo como un simple instrumento; lo que no significa que la mujer esté presa de su fisiología. La capacidad femenina para llegar al deseo a través del amor contrasta con la dificultad masculina para alcanzar el amor a partir del deseo; lo que no tiene nada que ver con las tesis más rancias sobre el sentimentalismo femenino. La tendencia de la mujer a las relaciones personales se opone a la querencia del varón por las objetales; lo que no implica poner a los hombres en la cola de las especies animales. La dinámica masculina con el poder contrasta con la dialéctica femenina del querer; lo que nunca debe ser una excusa para perpetuar la sumisión de la mujer.

Pero también es importante comprender la pulsión de un cierto tipo de mujeres, las hijas de Judith y Salomé, a utilizar el deseo de los hombres poderosos para apropiarse de su espíritu y acabar cortándoles la cabeza. Hay que superar el tópico,

relativo, según el cual las mujeres hacen el amor mientras que los hombres follan para mostrar que tanto unos como otras pueden follar o hacer el amor, pero de muy distinta manera, porque hacer el amor supone la posesión gozosa y mutua del cuerpo amado, pero también la entrega indefinible del alma que realmente ama. Una mirada directa sobre la danza de los cuerpos enamorados en su intimidad permite observar los deseos ocultos tras los juegos amorosos y comprender uno de los misterios más profundos de la mujer: cómo, al ser penetrada, logra poseer por completo al que la penetra.

Las diferencias profundas entre lo masculino y lo femenino, que las hay, se encuentran en la forma de instalarse en el propio cuerpo, en el sentido que se da al cuidado del otro, en la relación con las cosas, en el juego acción-pasión, en centenares de matices maravillosos... He intentado explicártelo por activa y por pasiva, amigo Asmodeo, y lo único que he logrado es que me digas la bobada de que soy un pedazo de feminista.

Y cuando ya me había prometido no hacer ni un esfuerzo más para aclararte lo que no puedes comprender, me vienes con la propuesta de hacer pública nuestra correspondencia. Me parece una ocurrencia arriesgada y me ha hecho dudar. Ya sabes que mis papeles, acumulados durante muchos años, no han sido pensados para que otros los lean. Y lo que tú pretendes es, precisamente, que los pueda leer todo el mundo. No se me oculta que semejante eventualidad es improbable; tengo la certidumbre de que hay deseos que no se cumplen porque es imposible cumplirlos. Así que espero que ese plan que me propones solo sirva para que discutamos entre nosotros aún más de lo habitual y con ello demos gusto al narcisismo imparabable que mueve a todo el que toma la palabra.

De la condesa de Toloño a Cecilio

¿Asmodeo? Pero ¿quién demonios es Asmodeo?

De Cecilio a la condesa de Toloño

Discúlpeme que haya olvidado, querida condesa, hablarle sobre el personaje al que dirijo las epístolas que usted, tan amablemente, se dispone a leer. El dictamen que me envíe sobre ellas será lo que decida su destino.

Es el caso que, a veces, muy de tarde en tarde, lo suficientemente espaciadas como para no caer en las garras de los vigilantes de la ortodoxia mental, tengo barruntos de cuestiones que debo agradecer a no sé muy bien quiénes. Pero intuyo precariamente que estos *quiénes* son una especie de espíritus benéficos, casi penates, que me acompañan sin estar y me hablan sin pronunciar palabra.

Suelen ser ellos los que me plantean cuestiones que al inquietarme me atraen y al atraerme me desafían. En realidad, debería decir que es él, ya que generalmente se manifiestan con una sola presencia reconocible. Y un desafío es la única situación que no debe dejarse sin respuesta.

Las cuestiones que me plantea son aparentemente simples y realmente diabólicas; siempre tengo la sensación de que el habla sin voz a la que me refiero tiene un no se qué de Asmodeo en sus maneras. Y como usted bien sabe, señora, Asmodeo era un demonio que, conociendo su imposibilidad de poseer a la hermosa mortal de la que estaba encaprichado, la vigilaba constantemente y, cada vez que ella decidía contraer matrimonio, asesinaba al marido en

el lecho nupcial, siempre antes de que pudiese consumir el sacramento.

Al resonarme en el cráneo las cuestiones de Asmodeo oscilo entre el mareo y la huida. Pero comprendo que al improbable lector le puede ocurrir lo mismo que al diablejo de mis pecados. Por eso precisamente me he atrevido a rogarle que sea usted la primera de mis lectoras y me ofrezca su muy noble opinión sobre este largo monólogo, con fragmentos dialogados, que he dirigido a Asmodeo. Le recomiendo que no lo menosprecie: es inteligente y tenaz, lúcido y cultivado. Pero tenga usted en cuenta que, como todo demonio que se precie, es además falaz, tramposo y seductor.

De la condesa de Toloño a Cecilio

Tengo para mí, querido Cecilio, que su obra es de una inusual clarividencia en lo que se refiere al conocimiento que los hombres tienen del sexo —perdón, género— femenino. Tanto es así que he llegado a preguntarme si no escribirá usted bajo seudónimo y, en realidad, será una mujer... Disculpe mi atrevimiento, pero ya que me decido a escribirle quisiera serle muy franca.

Su libro me llegó en un momento complicado de mi vida, uno de esos momentos de transición que generan incertidumbre y un cierto estado de ansiedad. En fin, lo cierto es que me despertaba todas las noches sobre las cuatro de la madrugada, intempestiva hora donde las haya, y solo encontraba consuelo y un poco de paz en la lectura de su, llamémoslo, ensayo sobre mis congéneres. Léa y relea fascinada

sus párrafos y a veces pensaba si, en mi duermevela, no estaría yo misma completando o interpretando sus reflexiones de forma que las ideas que de allí surgían eran una amalgama de su pluma y mis ensoñaciones. Fuere lo que fuere, la lectura sobre la forma en que las mujeres entendemos el mundo, nuestras relaciones con los hombres y con nuestro propio cuerpo, me produjo un gran impacto.

Sin embargo, debo confesárselo, algunas veces tenía una cierta sensación de *argumentus interruptus*. Cuando más excitada estaba con el desarrollo de una idea, se producía un triple salto mortal y una deriva hacia otros derroteros, también interesantes, pero inconexos. Pongo como ejemplo su referencia a la condesa de Campo Alange, sobre la que promete profundizar, pero que luego olvida; signo patognomónico de que es usted, efectivamente, un hombre.

No soy mujer de letras, así que apelo a su condescendencia y me permito, no sin presentarle de nuevo mis disculpas por el atrevimiento, una sugerencia. Su libro podría reescribirse, cabría mejorar su estructura y ordenar y completar con esmero sus referencias. El contenido merece la labor.

Si usted lo admite, puedo encargarme de enviarlo a un profesional de estas cosas; tanto que hasta ha adoptado como propio el nombre, políticamente impresentable, con que suele designarse en nuestro país a los de su oficio: todos sus conocidos lo llaman el Negro. Como me une a él cierta amistad —y conociendo la dificultad que usted tiene para ocuparse de las cosas prácticas del mundo— puedo, si me da su autorización, hacerle llegar el manuscrito y encargarme de los detalles del contrato para que empiece cuanto antes a trabajar sobre el texto.

De Cecilio a la condesa de Toloño

No me parece mal que contrate usted a un *negro* —¿de verdad se sigue diciendo así?— y que él pula estos manuscritos, siempre que no me obligue a conocerlo. Y nada más, queridísima condesa, encárguese usted del resto, mientras yo, en esta ciudad de maravilla que no se merecen los que la habitan, seguiré con atención devota lo que tenga usted a bien mandarme mientras huelo los jazmines, oigo la fuentecilla del jardín y paso los días mirando y las noches meditando. ¿Qué mejor vida puede pedirse?

Del Negro a la condesa de Toloño

Admito que hay ideas muy sugerentes en estas cartas sobre las mujeres que escribió el tal Cecilio, querida condesa. Creo que no es cierta la leyenda de que la Iglesia Católica negó durante siglos que las mujeres tuviesen alma. Coincido con Borges en la idea de que la teología es una rama de la literatura fantástica, aunque yo añadiría que, de todo el árbol, es la rama más aburrida. Por eso sé tan poco de cuestiones teológicas. Pero no puedo dejar de evocar esa leyenda al leer las cartas de Cecilio, porque la tesis de fondo que me parece entrever en todas ellas es que las mujeres ciertamente tienen alma; los que quizá no la tengamos somos los hombres.

Le agradezco mucho que propusiese usted a don Cecilio recurrir a mis presuntas habilidades de corrector. Pretenden ustedes, si lo he entendido bien, querida condesa, contratar mis servicios profesionales para que limpie, ordene y dé esplendor a la chapucera prosa con que se comunican Cecilio

y su oscuro amigo Asmodeo. Porque lo cierto es que la escritura del uno no está mucho más cuidada que la del otro: ambos comparten la misma alergia a la paciente corrección, ordenación y recorrección de los textos.

La verdad es que son muchos los saberes que apuntan los escritos de su fantasmal amigo sobre las mujeres. Pero esos apuntes, ¡ay!, son excesivamente concisos. Las páginas que me ha enviado usted —ignoro si tiene muchas más— están llenas de formulaciones deslumbrantes, pero les falta todo el desarrollo necesario para hacer el deslumbramiento digerible. Contrasta en ellas la concisión de sus mejores hallazgos con el exceso de digresiones y la cantidad de cuestiones nucleares que dejan entre tinieblas. Así que, estimada amiga, si espera usted que yo dé a todos estos papeles una forma publicable, va a tener que ponerme en contacto directo con don Cecilio, pues he de interrogarlo sobre múltiples detalles mujeriológicos que sus papeles no aclaran.

Al leerlos y releerlos me entra en ebullición la cabeza. Surgen preguntas que quiero hacerle, objeciones que plantearle, ampliaciones que pedirle sobre estas páginas tan esquemáticas, tan telegráficas, tan prometedoras, tan frustrantes. A veces su escritura me recuerda a los aforismos nietzscheanos —no me refiero solo a los escritos personalmente por Nietzsche— que en una sola frase dicen mucho, pero aportan aún mucho más de lo que dicen. El problema es que se entienda lo que aportan sin decirlo. Hay en un párrafo de estos escritos un paréntesis en el que Cecilio se muestra claramente consciente de ese rasgo suyo que al lector tanto lo desespera. Dice así: «Hablo de un tema que puede necesitar amplísimo excurso, pero que, como tantos otros, debo dejar sin penetrar. Es infinita la cantidad de puertas que se abren en un laberinto inacabable

cuando el asunto tiene sustancia. Pero es función inapelable del que pretende llegar a una meta el no dejarse distraer demasiado». Pues si pretende llegar a la meta de ver su libro impreso, va a tener que esforzarse en aclarar la trayectoria que conduce a la salida del laberinto. Yo solo puedo hacerle una parte del trabajo.

Así que, para empezar, cuénteme usted, por favor, algo sobre la identidad de su misterioso amigo y dígame cuál es la vía para ponerme en contacto directo con él.

Siempre a sus nobles pies.

El Negro.

De la condesa de Toloño al Negro

Voy a tratar de satisfacer su curiosidad, mi querido amigo. Y lo voy a hacer reproduciendo literalmente un texto que el propio Cecilio escribió para presentarse a sí mismo, aunque empleando la tercera persona, seguramente para despistar:

Cecilio de Oriol y Ureña es hombre que no se esconde — firma sus manuscritos con nombre y apellidos— aunque toda su vida la pase escondido. Si intentase describirlo diría que su apariencia es anodina en medio de la gente, uno de esos a los que los dependientes atienden siempre en último lugar y a los que los camareros en los bares ni los miran. Es más bien bajo, moderadamente delgado, de piel blanca casi transparente, siempre perfectamente afeitado y vestido rigurosamente de negro. Nadie lo ha visto, ni en los días de calor africano que son frecuentes en los veranos granadinos, quitarse la chaqueta ni prescindir de la corbata. Tampoco se le ha visto sudar en ninguna circunstancia. Habla poco y se entusiasma solo cuan-

do se refiere a su ciudad natal, a la que considera el centro del mundo y el único lugar civilizado del orbe.

Este curioso personaje vive en un pequeño carmen, rodeado de libros, de bodegones y de antigüedades autóctonas. Es culto y razonable, pero en arte no admite que haya nada más allá de Sánchez Cotán y de Alonso Cano. En literatura siempre piensa en las excelencias del *Alcázar de las perlas* de Francisco Villaespesa y relee con gusto el *Libro de las Tradiciones de Granada* de Villa-Real. Si digo que su única concesión al mundo de lo moderno la constituye una colección de cornucopias —a las que es insólitamente aficionado, de tal manera que las diseña él mismo y se las hace confeccionar por un artesano de la madera y del estofado— creo que ya lo digo todo.

Este hombre casi irreal no se ha casado nunca y creo que nunca ha estado con una mujer desnuda. En su casa no entra nadie más que Antonia, que no tiene edad, de la que desconoce todo y con la que quizá habrá cruzado una docena de palabras en los últimos cuarenta años. Antonia dispone siempre las camisas —blancas— repasadas y los trajes —negros— cepillados.

Come poco y mal; lo que sí exige, sin decirlo, es que todo esté inmaculadamente limpio. El carmen es pequeño y el jardín moruno; sus fuentecillas dan cobijo a algunas ranas que no molestan demasiado. En el interior de la casa —tres pisos con tarimas y un desván atiborrado de cosas— los suelos son rumorosos y todo cruje al caminar. Pero la luz es espléndida y las primaveras colman las mayores expectativas.

Quiero aclarar, por último, que Cecilio no es rico. Esto no tendría la menor importancia si no fuera porque evita la imagen de un potentado provinciano. No es rico, pero no

tiene que trabajar; no gasta, salvo en sus caprichos; no sale, salvo para despotricar sobre los atentados que los urbanistas y los políticos cometen periódicamente sobre su tierra. Como ya he dicho, dudo que haya conocido mujer pero, a la vista de sus escritos, no cabe duda de que las ha mirado.

Del Negro a la condesa de Toloño

Admito que me gustaría conocer a Cecilio. Según voy leyendo y releendo los papeles suyos que me ha enviado, querida condesa, me aumentan las ganas de tomar unas copas con él. Pero parece que me voy a quedar con las ganas, ya que, por lo que usted dice, es menos sociable que Salinger. Ahora bien, si quieren ustedes que me encargue del trabajo, tendrá que ponernos al menos en contacto epistolar con él, pues son muchos los puntos oscuros que deberá aclararme.

Me ha costado trabajo creer que Cecilio sea hombre que no conoce mujer. Aunque es cierto que lo dice claramente, daba yo por supuesto que se trataba de una licencia literaria y que en verdad estaría felizmente casado, quizá tras una etapa juvenil de discreta poligamia. Lo imaginaba, desde luego, sentimental y enamorado. Nada en su prosa me hizo sospechar que pudiera tratarse de un teórico anacoreta, un puro profesional del mirar sin ser mirado. Ese hecho es particularmente chocante cuando se leen las páginas que dedica al desencuentro, sin excluir por completo la difícil armonía, entre el impulso masculino hacia el cuerpo de la mujer y el anhelo femenino por la amorosa posesión del alma varonil. Ese es el primero de los tópicos que se encuentra en cualquier libro basura sobre los hombres de Marte y las mujeres de

Venus. Lo que me interesó en su versión es la sutil diferencia con que narra una escena mil veces repetida. No es fácil de entender que esa diferencia proceda —y es cierto que él lo advierte— tan solo de una mirada atenta, fascinada, distante.

Con una sola frase, otro hombre sin mujer, Jorge Luis Borges, esculpió el más espléndido poema de amor: «Yo, que tantos hombres he sido, no he sido nunca aquel en cuyo abrazo desfallecía Matilde Urbach». Lo cierto es que al leer y releer estos papeles no dejo de preguntarme cómo es posible que él, en cuyo abrazo nunca desfalleció mujer alguna, haya podido llegar a elaborar estas curiosas observaciones sobre el alma de las mujeres.

